

EN PAZ Y EN CALMA

(1908-1909-1910)

CREPÚSCULO VESPERTINO

I

Á través de las ramas
de los rígidos álamos
del espléndido parque,
se divisa en el cielo
una ráfaga roja,
del color de la sangre.

Y los rojos destellos
y las ramas inmóviles
de los tétricos árboles,
sus colores reflejan
en las aguas profundas
del magnífico estanque.

Se dijera que el mundo
interrumpe su vida,
por brevísimo tiempo.
No conmueven el aire
las inmóviles ramas
de los álamos negros.
Detenida parece

la corriente de sangre
que saltó sobre el cielo.
Todo es calma completa,
y es completo reposo,
y es profundo silencio.

II

De improviso, parece
que los tonos se apagan
de la ráfaga roja,
y que el cielo, de pronto,
los alegres colores
de la púrpura toma.
Pero, nada se mueve,
ni en el pálido estanque,
ni en la espléndida fronda.
No se rizan las aguas,
ni las ramas se agitan,
ni se mueven las hojas.

El color de la púrpura
va cambiando sus luces
en color de amatista.
Poco á poco se extinguen
los colores tan vivos
y sus mágicas tintas.
Y entretanto se impone
la quietud inefable
de la noche tranquila,
por los aires la anuncian

el silencio, la calma,
con intensa poesía.

III

Ya borrarón las sombras
en los cielos distantes
los colores intensos.
Ya tan sólo refulgen,
por la bóveda inmensa,
temblorosos luceros.
Todo sigue tranquilo
por la tierra, callada,
bajo augusto silencio.
Va cerrando la noche.
Cabecēan las copas
de los álamos negros.

Cabecēan las copas
de los tétricos álamos,
y en las sombras se envuelven.
En las sombras calladas
que impalpables crecieron,
y medrosas se extienden.
Y en el hondo silencio,
y en la paz inefable
de la noche solemne,
como un soplo de brisa
se percibe el aliento
de la tierra que duerme.

IV

Corazón : en tan dulces,
deleitosa instantes,
tus latidos aquieta.
Y en olvido pongamos
las ancianas pasiones,
las ancianas tristezas.
Nos serene la tibia
y apacible penumbra
de la noche que llega.
Y evoquemos en calma
los instantes lejanos
de las luchas aquéllas.

Sus memorias se extingan,
lentamente, cual esos
resplandores se apagan;
en la paz del crepúsculo,
mientras todo se aquieta,
se recoge, ¡descansa!
Del reposo gustemos,
tras las fiebres vernaes,
tras las rudas batallas.
En sosiego profundo
y en honesto descanso...
¡y en dulcísima calma!

«EX TOTO CORDE»

He perdonado siempre. No me acuséis por eso.
No hay nada más hermoso que un perdón merecido.
Nada como el abrazo, como el púdico beso
de un perdón que es justicia, y es piedad, y es olvido.

He perdonado siempre. Y en estas largas horas,
que marcan el ocaso fatal de mi existencia,
aquéllas mis palabras de amor, consoladoras,
parece que descargan y alivian mi conciencia.

Gracias, Dios poderoso. Gracias, pues que me diste,
contra el despecho torpe del odio, bajo y triste,
la clemente justicia del amor y del llanto.

Gracias, Padre del Hombre. Gracias, divina fuente
del perdón generoso, del perdón providente.
¡Y en premio á mis perdones, perdóname, Dios Santo!

LA PERFECTA CASADA

Eres hermosa, por tu Dios hermosa,
noble mujer del campo salmantino.
¡Quién te viera cruzar por mi camino,
como un Hada gentil, color de rosa!

Te embelleces con ciencia primorosa,
te engalanas con arte peregrino.
¡Dichoso el hombre, de feliz destino,
para quien eres, con amor, la Esposa!

La mujer del ensueño, predilecta;
la esposa que predica las verdades;
la prudente casada, la perfecta.

Que no en vano prodigas — regios dones —
tu bondad, que es vivero de bondades;
tu corazón, que rinde corazones.

EL MÁS HERMOSO COLOR

El color que prefiero — es el rojo color,
porque es; para mis gustos, — el color del amor.

Mi color. El primero — de los siete colores,
que brillan en el iris — con tantos resplandores;

en las patrias banderas, — el matiz de la llama
que domina en el campo — del vistoso oriflame;

el color de la púrpura, — la púrpura imperial,
manto de Emperadores, — veste de Cardenal;

color del sentimiento — más rudo : la energía;
del pudor, de la cólera — que revienta bravía;

del vivísimo fuego, — que es asombro y estrago;
de las cruces insignes — del Patrón Santiago, —

recuerdo de aventuras — portentosas; color
de las bandas y cintas — de la Legión de Honor;

color con que seducen — los labios carmesíes
de las bellas mujeres; — color de los rubíes;

del cielo, cuando tiñe — las nubes de arrebol,
cayendo tras los montes — ó bajo el mar, el sol;

de sangre fresca y rica, — de seno de granada,
del clavel que deslumbra — como una llamarada;

de las finas, silvestres — y sueltas amapolas
que salpican del trigo — las verdirrubias olas;

de la fresa menuda, — tan jugosa y tan linda;
de la cereza breve, — de la turgente guinda.

Te prefieren mis gustos, — ¡oh, admirable color!,
porque eres á mis ojos — el color del amor;

porque aquélla mi Laura, — tan gentil y preciosa,
la del rostro divino, — de nácar y de rosa,

— Musa de mis canciones, — también te prefería;
mi Laura, tan hermosa, — tan púdica, tan mía.

Rojas flores temblaban — sobre su rubio pelo;
rojas cintas, de un rico, — señoril terciopelo,

destacaban los tonos — del ampo de la nieve
sobre su cuello grácil, — sobre su cutis leve,

como prendas de amores... — Y espantaba sus males
con sartas caprichosas — de encendidos corales.

¡Oh, recuerdos, tan puros, — de mis sueños tan vanos!
¡Oh, nostalgia dulcísima — de los tiempos lejanos!

¡Oh, suspiros, más dulces — que el suspiro del aura!
¡Oh, sus flores, sus cintas, — sus corales!.. ¡Oh, Laura!

ABRIL

¿Veis esa moza, delicada y pura,
que apenas si cumplió catorce abriles,
mostrando, por sus gracias juveniles,
el alba de una espléndida hermosura?

¡Qué semblante! ¡Qué busto! ¡Qué cintura!
¡Qué contornos, los suyos, tan gentiles!
¡Púdica flor de idílicos pensiles;
toda candor, ingenuidad, ternura!

¿No adivináis la dicha que la espera,
los triunfos de la luz tras esa aurora,
y á todo el sol por el naciente rayo?

Tal es para la hermosa Primavera
el mes de Abril: promesa tentadora
del esplendor magnífico de Mayo.

MAYO FLORIDO

¡Oh, placer! ¡Oh, dulcísimo gozo
de las horas de Mayo, doradas;
bajo el sol que en las hojas sonrío
de las jóvenes, tiernas acacias!

¡Oh, la luz, en la gran *avenida*,
sobre templos, palacios y casas!

¡Ah, las lindas mujeres, airosas,
de inquietas miradas!...
¡Con sus trajes de frescos matices!
¡Con sus flores, sus tules, sus gasas!...

¡Ah, las flores que llueven, si el aire
sacude las ramas!...
¡Sobre tantas mujeres floridas!
¡Desde tantas floridas acacias!

¡Y los soplos del viento, llevando
sugestivos aromas, que pasan!
¡Y el anhelo de amor, indecible,
que conmueve de pronto las almas!

CANCIÓN DE LA LLUVIA

La nube grata vino al fin,
montaña leve de vapor;
la nube densa, blanca y gris,
arrebolada por el Sol.
La nube grata da en volar,
y en breve abarca su amplitud,
tornando gris su inmensidad,
la inmensidad del cielo azul.
La nube grata da en llover,
— templando el fuego del calor —
con cierta vaga languidez,
con un menudo y leve són;
venciendo al Sol
primaveral;
y en los cristales, al sonar,
— en los cristales del balcón —
diciendo va, con tenue voz...
cantando va,
con notas dulces, la canción,
arrulladora, del cristal.

La nube grata vino al fin.
Con breves gotas da en llover,

que se estremecen, al morir,
 en misteriosa languidez,
 y que en el trémulo cristal,
 cantando van, cantando van,
 con breves nombres de mujer :

¡Margot!, ¡Belén!

¡Inés!, ¡Pilar!

¡Ninón!, ¡Salud!

¡Piedad!

Por los cristales, y á través
 de la sutil diafanidad
 que es el encanto, y á la vez
 la dicha clara del cristal,
 se ven los montes — un vergel —
 bajo la rubia claridad
 que en ellos vierte, ¡luz de Edén!,
 la rubia luz primaveral,
 y cerca y lejos — ¡oh placer! —
 las altas copas del pinar.

Ninón, Inés,

Salud, Piedad,

Belén, Margot,

Pilar...

cual sombras vagas del amor,
 del gran amor *del tiempo aquél,*
 surgiendo van, surgiendo van,
 en leve y mágica visión,
 uniendo al canto del cristal
 las notas dulces de su voz.

— ¡Inés, Piedad,

Margot! —

en tanto llueve, sin cesar,
 con un menudo y leve són.

¡Salud,

Pilar,

Inés,

Ninón,

Belén,

Piedad,

Margot!

bellezas varias que al azar
 me fué brindando la ilusión,
 en los caprichos de la edad
 de los ensueños del amor,
 y que el capricho, con matar
 mis ilusiones, dispersó :

¡venid!,

¡llegad!,

¡seguid!,

¡pasad!, ¡cantad!

Con el menudo y leve són
 de las canciones del cristal;
 en el misterio de esta luz,
 de placidez crepuscular...

¡Venid!

¡Cantad!

¡Oh, secas flores, que al azar
 la brisa inquieta removió,
 — ¡marchitas flores de la edad
 de los caprichos del amor! —
 el aire mismo que al llegar

os removi6, con vano afán,
con vano afán os dispers6!

La nube pasa, bien fugaz,
envuelta en rayos por el Sol.
Se va extinguiendo el leve s6n
de las canciones del cristal.
Los breves nombres de mujer
tan s6lo, apenas, vibran ya,
con misteriosa languidez,
cual ecos dulces del amor
y de la lluvia que se van...

Salud... Belén...

Nin6n... Pilar...

Pas6 la nube. Torna el Sol.
Su viva luz desvaneci6,
como una sombra, la ilusi6n
de los recuerdos del amor.

¡Amor feliz,

Inés, Margot!

Del tiempo aquél—¡Piedad!, ¡Belén!—
que ya pas6.

¡Pilar!, ¡Nin6n!

¡¡El tiempo aquél!!

Volvi6 la luz. Call6 el cristal.
¡Desvaneci6se la visi6n!

¡Adi6s, Piedad!

¡Adi6s, Inés!

¡Adi6s, Pilar!

¡Salud!

¡Margot!

¡Belén!

¡Nin6n!

¡Adi6s, caprichos del amor
del tiempo aquél,
que ya pas6!...
Volvi6 la luz. Call6 el cristal.
¡Adi6s!... ¡Adi6s!...

LA BUENA DICHA

Lanza un *organillo*
sus alegres sonos.
Recuerda la gracia
de alegres canciones.
Un sol venturoso,
juvenil, espléndido,
reparte sus dones...

Pasan por la calle
tres mozas gentiles,
en sus más lozanos
y lindos abriles;
que marchan risueñas,
que siguen aprisa;
conmoviendo el aire
con las frescas notas
de su fresca risa.

Por el aire llegan
intensos olores.
Los anhelos dicen
de las almas tiernas
de las nuevas flores.

¿Quién será el cuitado
que en tan buenas horas
de la vida buena,
de Dios, desconfie;
cuando todo luce,
cuando todo brilla,
cuando todo ríe?

Con notas alegres,
suenan las campanas,
en muchas y graves
iglesias cristianas;
cantando las glorias,
en sus libres vuelos,
de la Santa Virgen,
de los altos cielos.

Nace sigilosa,
deleitosa, pura,
conmoviendo el alma
con intensos goces,
una gran ternura.
Y el alma se siente
pueril, inocente;
simple, candorosa,
como el tono puro
de la luz amable
que lo cubre todo
de color de rosa!...

Canto no resuene,
por sutil que sea,
que en la paz disuene

que á todos recrea;
que su bien trastorne
por ingrato modo;
que la calma turbe
con que vive todo.

No sus importunos,
molestos sonidos,
rompan este encanto,
que en dichas convierten
los quietos sentidos.

Este mismo canto,
leve, placentero,
debe ser muy simple,
candoroso y puro,
si ha de ser gustoso
y á la par sincero.

¡Seguid las campanas,
con tan gratos sonos!
¡Brillad, las ventanas,
los claros balcones!
¡Pasad, tan alegres,
las mozas lozanas;
con tan frescas risas,
por el gozo rotas!...
¡No calles, oh música
de risueñas notas!

Estación del año,
madre de las flores;
que das, que prodigas,

por tan bellos modos,
tan ricos favores;
que todo con rayos
de luz lo hermoséas;
que inspiras tan altas
y nobles idéas...
¡veces mil, bendita
y alabada séas!

LA FLORISTA

«La niña de las flores»
parece nueva flor.
Las flores dan olores,
intensos, bienhechores...
La moza da su amor...

Poco duran las flores.
Menos dura el amor
de las mozas mejores,
si cambia de amadores,
si va de flor en flor.

«La niña de las flores»,
que es flor de lindo talle,
no copia sus primores
en las fuentes del valle.
Es bien lozana rosa;
pero no pudorosa,
porque es flor de la calle.

La calle dióle vida.
La calle corrompida,

que es vivero maldito
de malas tentaciones,
donde se escucha el grito
de todas las pasiones.
No la campiña sana,
donde la bella rosa
nace y vive galana;
donde la flor humana
puede ser pudorosa.

«La niña de las flores»
nardos lleva y claveles.
Con varios amadores,
caprichosos, infieles,
representa las farsas
de diversos papeles.
Y al fin sucumbe un día,
sin llegar á saber
cuán grande es la alegría
del honrado placer.

«La niña de las flores»
—un tipo seductor,
sin tantos seductores—
es, ¡ay!, como una flor,
que juega á los amores...
¡y muere sin amor!

EL AMOR Á LA VIDA

LA SIERRA TRISTE—1909

Huraña me recibes, oh sierra bienhechora,
hoy que de ti mi vida su salvación implora.

Huraña me recibes; con vientos destemplados;
con triste luz ¡de otoño!; con tétricos nublados,

cual si el invierno aléve para mi mal volviera,
celoso de que apronte mi bien la Primavera;

trocados en arroyos senderos y caminos;
trocados en fantasmas los centenarios pinos,

envueltos en jirones de nubes; inundada
de nieblas temerosas la lúgubre cañada;

con trémulos rebaños, en trémulos apriscos;
con nieves en las cumbres que arrebulan sus riscos;

nieves recién caídas, ¡en esta flor del año!,
tan crudas é implacables cual *las nieves de antaño*;

nieves recién cuajadas, ¡al llegar del estío!,
que á las almas y al aire comunican su frío.

Bien siento cuál las fuerzas me abandonan; bien siento
cuál mi vida se extingue, cuál me falta el aliento,

y en este mi martirio, y en esta mi tortura,
toda esperanza muere, todo tormento dura.

Tanto mal me aniquila, tanta sombra me aterra.
¡Sálvame, Dios clemente! ¡Por piedad, madre Sierra!

Huraña me recibes, oh sierra bienhechora.
La triste niebla llueve, la triste lluvia llora.

Mas yo, que á ti me acojo, de ti mi bien espero,
y en un afán, de vida, sin tregua persevero;

hoy que la Primavera, de mí compadecida,
me enseña cómo vuelven las flores y la vida.

Porque la vida torna, con lozanos vigores,
y tras las torvas nieblas siguen brotando flores;

que brillarán, acaso, mañana, ¡tan risueñas!,
sobre los prados verdes, entre las blancas peñas,

si el Sol al fin desgarras las sombras, indignado
contra la audacia terca del pérfido nublado.

Las nieves no me espanten, ni las nubes sombrías.
Retornan, ciertamente, las grandes alegrías.

Aromas deliciosos el aire crudo lleva,
y en valles y en montañas late la vida nueva.

De la Vida gozosa no reniegue tampoco,
porque á mi mal sucumba, desatentado y loco.

Bendigamos la Vida, que es tan buena y hermosa.
Y el ensueño que halaga, del color de la rosa.

Bendigamos las rosas, cual símbolos fragantes
de puras ilusiones; ¡gala de los amantes!

Bendigamos, risueños, el amor y su encanto.
Venza la fácil risa del suspiro y el llanto.

No perturben, ni un punto, los ayes de mi duelo
los renovados gozos de la Tierra y el Cielo.

No amarguen, importunas, las voces de mis penas
el placer, bien ganado, de las dichas ajenas.

Nada mi duelo vale; nada vale, por mío.
Poco valgan las nubes, y las nieves, y el frío.

Para el hombre dichoso, para el alma que espera,
quizá mañana mismo torne la Primavera;

la joven Primavera, Musa de los amores;
gentil como una virgen, coronada de flores.

Y en tanto yo, sintiendo la vida renovada
del Hombre y de la Tierra; cruzando la cañada,

que lucirá de nuevo, de nuevo florecida,
¡presa ya de la Muerte, bendeciré la Vida!

TRENOS

I

¡Quién te volviera á gustar,
alegría del placer!
Orillita de mi mar,
¡quién te volviera á pisar,
con poder!

Alegría de vivir,
¡quién me volviera tu ardor!
Arrebato del amor,
¡quién te volviera á sentir,
sin temor!

Cariño de una mujer,
flor del humano querer,
¡quién me diera tu alentar,
para poderme tener,
y esperar!

¡Ay, qué tormento, Señor!
¡Ver el amor, y sentir

su contagio tentador,
y morirse... de vivir
sin amor!

II

Mujercita rubia,
pálido lucero
de mis sueños locos: ¿por qué no saliste
por fin á mi encuentro?

¡Mujercita rubia,
de los ojos garzos,
del andar de reina! ¡Con la frente blanca,
del color del nardo!

Mujer tan hermosa,
— tan sólo soñada —
¿por qué no viniste, para amarme un día
y alegrarme el alma?

Por buena y hermosa
me hubieras salvado.
Por buena y hermosa, te amaba. ¡Te amaba,
soñando y soñando!

Ya es tarde. No vuelvas.
No brilles, lucero.
Más bien te disipa. ¡Levísimamente!...
¡Lo mismo que un sueño!

III

¡Quién te volviera á pisar
orillita de mi mar!
Alegría de vivir,
¡quién te volviera á sentir
y á gozar!

Gozo de la juventud,
¡quién te volviera á tener!
¡Quién calmara mi inquietud
con el supremo placer:
la salud!

¡Ay del árbol ya sin flor,
que no la debe esperar!
¡Ay del alma sin amor,
que no soporta el dolor
de no amar!

CANTO DE CISNE

Tienes la gentileza de las malvas rãales.
Tienes todo el aroma de cientos de rosales.

Tus acentos hãn notas del cristal, que embelesan.
Tus ojos hãn miradas cariñosas que besan.

Tus manos, de contornos finos, encantadores,
perfumes y matices de ventureras flores.

Tu cara es como un himno de amorès, *hecho cara
para lucir los tonos del mármol de Carrara.*

Tu lindo, lindo talle, tan gentil, tan cenceño,
con ser verdad, parece capricho del Ensueño.

La Luna, rosa y grácil, no tiene más hechizos,
ni el oro más encantos, que el oro de tus rizos.

Con que toda tu joven, adorable figura,
no puede ser dechado de mayor hermosura.

Los hombres te bendicen. Tus ojos los encantan.
Por tí, si al campo tornas, los ruiseñores cantan.

Endechas admirables. Endechas peregrinas.
Por ti, más que por ellas, cuasi, cuasi divinas.

Yo te hubiera adorado... Pero, ya, ¿quién me adora?
Doncella gentilísima, claro Sol en su aurora:

no me inspiran tus gracias ilusiones de dueño,
pero en mis noches lúgubres con tu cariño sueño.

Con la gentil belleza de las malvas rëales.
Con tu olor: el aroma de cientos de rosales.

Con las notas gratísimas de tu voz que embelesan.
Con ojos que adormecen. Con miradas que besan.

Con un intenso, puro, consolador halago...
¡Caricia de la Luna sobre el agua de un lago!

Mujer tan adorable; bella, rubia Señora
de mis ensueños últimos; claro Sol en su aurora,

que me brindas cariño; que pones un reflejo
de tu luz en el rostro de aqueste bardo viejo:

¡no me olvides! Y un día, muy pronto ya—¿quién sabe!—
cuando al fin tanta pena venenosa me acabe;

cuando logre el consuelo, por que tanto suspiro,
de dormir para siempre, cabe dulce retiro,

ven, por Dios, á mi tumba. Ven, y pon en mi huesa,
no coronas de flores. ¡Tu mirada... que besa!

EL ÚLTIMO AMOR

Cuando sueño con la Muerte,
sueño también con mi tumba;
tumba de piedra, sencilla,
donde me busque la Luna.

Sueño con el buen asilo
donde tendré sepultura;
sueño con su bien perenne,
sueño con su paz augusta.

Sueño con que allí, muy lejos
de mundanales injurias,
vele por mí, noche y día,
como una estatua, mi Musa.